

Realmente fue de lo más lamentable.

Peggy tenía fiebre y un fuerte dolor en el costado, y la señora Workington Bancroft sabía que era apendicitis. Pero no había nadie a quien enviar por un médico. James había ido con el coche a disfrutar una semana de cacería. Adolph había sido enviado a lo de los Eversham sólo media hora antes, con una nota para lady Eva. La cocinera no podía caminar, incluso si la cena se pudiera servir sin ella. Kate, como de costumbre, no era de fiar. Quedaba la señorita Craig.

—Por supuesto, debes entender que Peggy está realmente enferma —dijo, cuando la institutriz entró en la habitación en respuesta a su llamada—. La dificultad es que no hay absolutamente nadie a quien pueda enviar por el médico.

La señora Workington Bancroft hizo una pausa; siempre estuvo dispuesta a que sus sirvientes tuvieran el privilegio de ofrecer los servicios que ella tenía derecho a ordenar.

—Entonces, tal vez, señorita Craig —continuó—, no le importaría caminar hasta la granja de Tebbit. Escuché que hay un médico de Liverpool allí. Por supuesto que no sé nada sobre él, pero debemos correr el riesgo. Son casi cuatro millas, lo sé, y nunca soñaría con pedírselo si no fuera porque tanto le temo a la apendicitis.

—Muy bien —dijo la señorita Craig—, supongo que debo ir, pero no conozco el camino.

—Oh, no te puedes perder —dijo la señora Workington Bancroft.

En su ansiedad había perdonado temporalmente la evidente falta de consentimiento de su institutriz.

—Sigues la carretera que cruza el páramo durante dos millas, hasta llegar a Redman's Cross. Allí gira a la izquierda, y sigue un camino accidentado que conduce a través de una plantación de alerces. La granja de Tebbit se encuentra justo ahí, en el valle. Llévate a Pontiff —añadió, mientras la chica abandonaba la habitación—. No hay absolutamente nada que temer, pero espero que te sientas más tranquila con el perro.

—Bueno, señorita —dijo la cocinera, cuando la señorita Craig fue a la cocina a buscar

sus botas, que se habían estado secando junto al fuego—; por supuesto que ella sabe más, pero no creo que sea correcto, después de todo lo que ha sucedido, que la señora te envíe a través de los páramos en una noche como esta. No es como si el médico pudiera hacer algo por la señorita Peggy si usted lograra traerlo. Los niños simplemente se sienten mal de vez en cuando. El médico solo dirá que guarde cama, lo cual ya está haciendo.

—No veo de qué hay que temer—dijo la señorita Craig mientras se ataba las botas—, a menos que creas en fantasmas.

—No estoy tan segura de eso. De todos modos, no me gusta dormir en una cama donde las sábanas son demasiado cortas y los pies quedan al descubierto. Pero no se asuste, señorita; si hay fantasmas, ladran, no muerden.

Pero aunque la señorita Craig se entretuvo durante unos minutos tratando de imaginar el ladrido de un fantasma (algo completamente diferente del clásico aullido fantasmal), no se sintió del todo a gusto.

Naturalmente, estaba nerviosa y, al vivir como vivía en el interior del salón de los criados, había oído vagos detalles de historias que eran sólo mitos en el salón. El mismo nombre de Redman's Cross le produjo un escalofrío; debe haber sido el lugar donde se cometió ese horrible asesinato. Había olvidado el cuento, aunque recordaba el nombre.

El primer problema se presentó bastante pronto.

Pontiff, que era naturalmente lento de ingenio, tardó más de cinco minutos en descubrir que era sólo la institutriz a quien escoltaba, pero una vez que hubo hecho el descubrimiento, rápidamente se volvió, sin prestar la menor atención al débil silbido de la señorita Craig. Y luego, para aumentar su malestar, llegó la lluvia, no en forma de gotas pesadas, sino en capas de fina lluvia que borró los pocos puntos de referencia que había en el páramo.

Fueron muy amables en la granja de Tebbits. Le informaron que el médico había vuelto a Liverpool el día anterior. La señora Tebbit le dio leche caliente y pasteles, y le ofreció a su hijo reacio que le mostrara a la señorita Craig un camino más corto hacia el páramo, que evitaba el bosque de alerces. Era un joven monosilábico, pero su presencia la animó, tanto es así que ella sintió la noche doblemente negra cuando él la dejó sola, casi sin despedirse.

Caminó con cansancio. Sus pensamientos ya habían vuelto a los fantasmas cuando escuchó pasos en el camino detrás de ella, que al menos eran materiales. Al minuto siguiente apareció la figura de un hombre: la señorita Craig se sintió aliviada al ver que el extraño era un clérigo. Levantó su sombrero.

—Creo que ambos vamos en la misma dirección —dijo—. Quizás tenga el placer de acompañarla.

Ella le agradeció.

—Es bastante raro por la noche —continuó—, y con todas las historias de fantasmas que uno escucha de la gente del campo, he terminado por tener un poco de miedo yo misma.

—Puedo entender su nerviosismo —dijo—, especialmente en una noche como esta. En un momento solía sentir lo mismo, porque mi trabajo a menudo significaba caminatas solitarias a través del páramo hacia granjas a las que solo se llegaba por caminos accidentados lo suficientemente difíciles para encontrar incluso durante el día.

—¿Y nunca vio nada que lo asustara? Nada inmaterial, quiero decir.

—Realmente no puedo decir que sí, pero tuve una experiencia hace once años que sirvió como un punto de inflexión en mi vida, y como parece que ahora está usted en el mismo estado mental en el que yo estaba entonces, se lo contaré.

»La época del año era finales de septiembre. Había ido a Westondale para ver a una anciana que se estaba muriendo, y luego, justo cuando estaba a punto de emprender el camino a casa, me llegó la noticia de otro de mis feligreses que había enfermado repentinamente esa misma mañana. Eran más de las siete cuando por fin me puse en marcha. Un granjero me vio en el camino, volviendo atrás cuando llegué a la carretera del páramo.

»La puesta de sol de la noche anterior había sido una de las más hermosas que recuerdo haber visto. Toda la bóveda del cielo estaba sembrada de copos de nubes blancas y jirones rosados, como los pétalos esparcidos de una rosa en toda regla.

»Pero esa noche todo cambió. El cielo era de un color absolutamente apagado, excepto en un rincón del oeste donde una delgada grieta mostraba el último tinte azafrán de la sombría puesta de sol. Mientras caminaba, rígido y dolorido, mi ánimo se hundió. Debe haber sido el marcado contraste entre las dos noches, una tan hermosa, llena de promesas (el maíz todavía estaba en los campos estropeándose por el buen tiempo), la otra tan lúgubre, tan triste con todo el peso muerto del otoño y los días de invierno por venir.

»Y luego, añadido a esta sensación de fuerte depresión, vino otro sentimiento diferente que me sorprendió a mí mismo al reconocerlo como miedo.

»No sabía por qué tenía miedo.

»Los páramos se extendían a ambos lados, ininterrumpidos excepto por una línea desordenada de arbustos que se encontraba a un tiro de piedra de la carretera. El único sonido que había escuchado durante la última media hora era el grito del urogallo asustado: regresa, regresa, regresa, parecía decir. Pero, sin embargo, la sensación de miedo estaba ahí, afectando mi cerebro a través de algún canal físico.

»Cerré mi abrigo y traté de distraer mis pensamientos pensando en el sermón del próximo domingo.

»Había elegido predicar sobre Job. Hay mucho en Job que atrae a la gente del campo; la pérdida de rebaños y cosechas, por ejemplo; pero no me hubiera atrevido a predicar sobre el tema si yo mismo no hubiera sido también un granjero. Mi propia tierra se había inundado tres semanas antes, y supongo que iba a perder tanto como cualquier hombre de la parroquia. Así que seguí caminando, repitiéndome a mí mismo el primer capítulo del libro. Me detuve en el verso duodécimo:

»Y el Señor dijo a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu poder...

»El pensamiento de la mala cosecha (y ese es un pensamiento terrible en estos valles) se desvaneció. Me pareció contemplar un océano de oscuridad infinita.

»Yo había usado a menudo, con la palabrería dominical del sacerdote cansado, cuyo deber es predicar tres sermones en un día, el viejo símil del tablero de ajedrez. Dios y el diablo eran los jugadores: y estábamos ayudando a un lado u otro con nuestras acciones. Pero hasta esa noche no había pensado en la posibilidad de que yo fuera sólo un peón en el juego, un peón que Dios pudiera sacrificar para ganar la partida.

»Había llegado al lugar donde estamos ahora, lo recuerdo por ese abrevadero de piedra tosca, cuando un hombre saltó repentinamente desde el borde del camino.

»—¿En qué dirección va, jefe? —dijo.

»Sabía, por su forma de hablar, que el hombre era un extraño. Hay muchos en esta época del año que vienen del sur, caminando hacia el norte siguiendo la cosecha del maíz. Le dije mi destino.

»—Iremos juntos —respondió.

»Estaba demasiado oscuro para ver gran parte del rostro del hombre, pero lo poco que distinguí era grosero y brutal. Entonces comenzó el gemido medio amenazador que conocía tan bien: había caminado millas ese día, no había comido desde el desayuno.

»—Dame un cobre —dijo—, es sólo para una noche de alojamiento.

»Estaba cortando con un gran cuchillo una estaca de fresno que había tomado de un seto.

El clérigo se interrumpió.

—¿Son esas las luces de la casa que busca, señorita? —preguntó—. Estamos más cerca de lo que esperaba, pero tendré tiempo para terminar mi historia. Creo que lo haré, porque puede correr a casa en un par de minutos, y no quiero que se asuste cuando salga a los páramos de nuevo.

»En fin. Mientras el hombre hablaba, parecía haber salido del trasfondo mismo de mis pensamientos, su sórdida historia, con las tristes mentiras que ocultaban una verdad mucho más triste.

»Me preguntó la hora.

»Faltaban cinco minutos para las nueve. Cuando volví a poner el reloj en mi bolsillo miré su rostro. Tenía los dientes apretados y había algo en el brillo de sus ojos que me dijo de inmediato su propósito.

»¿Alguna vez ha sabido cuánto dura un segundo? Durante un tercio de segundo me quedé de pie frente a él, lleno de una compasión abrumadora por mí y por él; y luego, sin una palabra de advertencia, él estaba sobre mí.

»No sentí nada.

»Un relámpago recorrió mi espina dorsal, escuché el ruido sordo de la estaca de fresno, y luego un golpeteo muy suave, como el sonido de un riachuelo lejano. Por un minuto me quedé tumbado en perfecta felicidad, mirando las luces de la casa mientras se encendían hasta que todo el cielo pareció titilar.

»No podría haber tenido una muerte más indolora.

La señorita Craig miró hacia arriba. El hombre se había ido; estaba sola en el páramo.

Corrió a la casa, castañeteando los dientes, corrió hacia la sombra sólida que cruzaba y volvía a cruzar la persiana de la cocina.

Al entrar en el pasillo, el reloj de la escalera dio la hora. Eran las nueve en punto.